

Alvorada

o diario de la mañana



Aula de periodismo en el mar de EL COMERCIO - Universidad Itinerante de la Mar

Jueves / Quinta - Feira
23 de Agosto de 2012

Una tempestad de recuerdos

Cuatro tripulantes del Creoula cuentan cómo navegaron en este y otros navíos entre tormentas, huracanes y fenómenos adverso

■ SUSANA GONZÁLEZ

Después de las expectativas creadas por el huracán 'Gordon' y la consiguiente decepción por no vivir apenas ni una tormenta, nos preguntamos cómo sería una condición climática verdaderamente adversa, y por qué situaciones habría pasado la tripulación del navío a lo largo de sus singladuras. Así pues, nos hemos dispuesto a investigar un poco más a fondo en la vida de algunos de los marineros y otros nautas.

Al preguntarle a Lázaro Rodrigues y Sergio Silva por su vida en la marina y a bordo del Creoula, ambos sonríen y comienzan a relatar las experiencias vividas. Lázaro explica las maravillas de las tormentas eléctricas en un navío, cómo se aclara el cielo y el mar se ilumina de dentro hacia fuera, creando una vista espectacular. «Un buen episodio del Creoula», dice mientras asiente con alegría. Describe también la peor situación que ha vivido a bordo de este navío, con olas de seis metros que recorrían el barco de una parte a otra, impidiendo a la tripulación trabajar con normalidad.

«Lo peor es el dolor de espalda y piernas, con tanto movimiento» abunda Rodrigues. También advierte del peligro de los saltos del aceite al freír la comida o el agua sala-

da que se cuele en la sopa. Ese día estaban haciendo pizza y «al sacarla del horno todo el relleno se nos iba a un lado».

Silva por su parte relata la historia que vivió en el año 2000, con un huracán que consiguió partir un pantalán con seis barcos amarrados y moverlos 300 metros hasta chocar con tierra. «Somos muy pequeños para enfrentarnos a un fenómeno tan grande. Todo es muy difícil», explica con gesto serio.

Idris Sabali aporta su visión como cadete de la Escola Naval. Participando en una regata de Canadá a Irlanda en 2009 a bordo del Sagres, detalla cómo se adentraron en una tormenta. «Íbamos a desviarnos, pero era un navío pesado y tenía ventaja sobre los otros con mal tiempo». Con olas de nueve metros, se movían a

una velocidad de 17 nudos solo con el viento. «No se podía dormir, no se podía comer, las guardias eran de ocho horas seguidas...pero era muy divertido», cuenta sonriente.

Por último buscamos una visión no militar en el tutor Antonio Laborda y sus viajes por el mundo. «He vivido tormentas tropicales en Panamá en las que no se veía nada por la lluvia y la niebla». El zoólogo recuerda igualmente la experiencia de una evacuación en la República Dominicana.

Cada marinero y también algún que otro tripulante tiene a sus espaldas una historia que contar. Experiencias que se suman en un nuevo viaje y que absorben los instrumentos que a no mucho tardar podrán contar cómo ellos (casi) vivieron un huracán.

TOMÁS CORTIZO
TUTOR DE LA UIM

DAME MEDIO METRO DE SILENCIO



Dame medio metro de silencio, lo preciso en este navío para disfrutar de tu compañía aquí, rodeado de mar y de cielo. Déjame escuchar el rítmico crujir de la jarcia y el golpeo de la ola en la proa, unas veces siseo, otras topetazo violento. Y el fluir del viento en la vela, tan sutil que precisa un blanco lienzo para llevarnos a puerto. Dame medio metro de silencio porque el discurrir del tiempo me desconcierta, de rápido a lento me desliza por el tobogán de las horas y no alcanzo a llenar el día ni a cumplir con mi trabajo. Medio metro de silencio me acerca a ti y cubre la distancia que nos separa cuando gritamos, en este navío sin un rincón, un alto, un muro para guarecernos del ruido estéril. No vale que el cielo cuajado de estrellas o de azul profundo o escandido por inocentes nubes sea transparente; me da miedo volar. Medio metro de silencio en la compañía de todos nosotros nos sacan de este navío hacia el mar, luz y el tiempo y nos libran de la soledad y del tedio, también de la condición de isleños por una travesía de pronto regreso. Tan corta que no podemos apropiarnos de la canción popular que canta a un mar que es «camino de los que parten y camino de los que regresan, un mar que es al mismo tiempo libertador y carcelero», como nos recuerda Armando Narciso. Comprende la importancia de medio minuto de silencio envuelto en un mar y un tiempo eternos, pero nosotros, simples mortales y héroes del silencio, sin un Homero que nos cante, nos alegramos al dar los buenos días, dar las gracias o llegar a tiempo. Y nos conformamos con alborotar cuanto hemos hecho el trabajo y es la hora del asueto.

Comprende la importancia del medio metro que nos separa del tedio, del cansancio y nos acerca a quienes tienen su propia medida de los pasos y de las palabras en el Creoula.



Durante nuestra travesía hacia Faial el velero asestó pantocazos que despertaban olas espectaculares. ■ R. M.

LO QUE NO SABES DE...



João Santos

Con sólo 29 años, este lisboeta es toda una leyenda de la Marinha portuguesa. También conocido como el «Pastor de las cabras» o «Matraco» (por su anatomía digna del mejor de los futbolines), lleva nueve años en la Armada y dos en el Creoula, donde es famoso por sus malabares con las bandejas en cubierta. Fan incondicional del Benfica, no se pierde ni un estreno de cine y aspira a ser sargento. Le reconocerás por su grito de guerra: «¡¡Ahhhh!!».



Charo Martínez

Lleva siete campañas de la UIM, seis en el Creoula y una en el Cervantes Saavedra. Amante del golf y la tortilla de patatas (que tanto echa de menos a bordo), se declara una viajera empedernida. Además de diplomada en Magisterio y licenciada en Pedagogía por la Universidad de Oviedo, fue doctoranda en la State University of New York. Cuando no organiza los cuartos de guardia, se dedica a coordinar a los estudiantes americanos residentes en Oviedo.

João Santos

Charo Martínez